

UNIVERSIDAD DEL SALVADOR

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

**TESIS DOCTORAL
(DOCTORADO EN RELACIONES INTERNACIONALES
2007-2008)**

TESISTA: ALBERTO HUTSCHENREUTER

**SUPERVISOR DE TESIS: DOCTOR ORLANDO ADOLFO PÉREZ
PORTILLO**

TÍTULO:

***HUMILLACIÓN Y REPARACIÓN:
LA POLÍTICA EXTERIOR RUSA TRAS
EL DESENLACE DE LA GUERRA FRÍA
(1991-2000)***

Diciembre de 2009

ÍNDICE

Página

Agradecimientos

1

INTRODUCCIÓN, MARCO TEÓRICO Y MÉTODO

2

El tema como problema

3

El marco teórico

12

El método

22

PRIMERA PARTE EL DESENLACE DE LA GUERRA FRÍA

Capítulo I. Datos del pasado que explican la resolución y el después de la pugna: la doble lógica de la Guerra Fría o el principio del fin de la contienda

26

El final formal de la contienda

27

El final real del conflicto o el prólogo de la derrota

28

La Unión Soviética en los setenta: de la expansión global a la declinación local

29

Estados Unidos en los setenta: de la declinación a la recomposición estratégica

52

Capítulo II. La política exterior de Gorbachov como antesala de la política exterior de la Rusia postsoviética: consideraciones necesarias

70

Capítulo III. Los nuevos ex contendientes: continuidades y rupturas

85

Los Estados Unidos Presentes en la Creación II: victoria y poderío

85

La Rusia postsoviética: derrota y debilidad

101

Conclusiones parciales	115
------------------------	-----

SEGUNDA PARTE TIEMPOS DE ADAPTACIÓN, DINÁMICAS DE HUMILLACIÓN

Capítulo IV. Cuando Rusia no fue Rusia: la política exterior rusa hasta 1993	118
De Gorbachov a Yeltsin: continuidades y enfoques en política exterior	119
Constantes de la política exterior zaro-soviética	120
1992-1993. Adaptación, optimismo, convicción, fragmentación y consenso	129
Capítulo V. Dinámicas de humillación	163
El Acuerdo INF de 1987	165
La caída del imperio soviético en Europa Centro Oriental	166
La reunificación de Alemania	168
La disolución del Pacto de Varsovia	169
La guerra del Golfo	170
El resquebrajamiento (y finalmente la disolución) de la Unión Soviética	172
El seguimiento incondicional a Estados Unidos	174
La adopción de la economía de mercado	176
El Tratado de Reducción de Armas Estratégicas START II	180
La situación de las armas convencionales	182
La guerra de los Balcanes	183
Las iniciativas de ampliación de la OTAN	184

Conclusiones parciales	187
------------------------	-----

TERCERA PARTE **TIEMPOS DE REEVALUACIÓN ESTRATÉGICA**

Capítulo VI. Después de la adaptación: la política exterior rusa a partir de 1994	190
La política exterior rusa hacia el extranjero cercano: ¿regreso al futuro?	199
La política exterior rusa más allá de la CEI: en busca de recobrar protagonismo e influencia	206
Intervención y guerra	212
La expansión de la OTAN: extendiendo la victoria, moderando la derrota	214
Relevo en la cancillería rusa: intentos de cambios hacia fuera, continuidad de desorden hacia dentro	225
La cuestión Kosovo: ampliando el margen de la OTAN, inquietando la seguridad de Rusia	241
Cuestiones nucleares	246
Conclusiones parciales	250

CUARTA PARTE **TIEMPOS DE REPARACIÓN ESTRATÉGICA**

Capítulo VII. La política exterior rusa en vísperas del siglo XXI: la necesidad de ser reconocida	254
Prioridades y dinámica de la política exterior rusa de acuerdo al Concepto de Política Exterior de la FR	264
Conclusiones parciales	272
Conclusiones generales	274

Cuadro sobre enfoques externos de Rusia	279
Rusia: principales acontecimientos	280
Mapas y cuadros	284
Bibliografía	292



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

AGRADECIMIENTOS

La presente investigación fue realizada con la ayuda de varias personas a las que el autor desea expresar su más profundo agradecimiento.

En primer lugar, al Doctor Adolfo Pérez Portillo, quien en calidad de supervisor de la investigación se desempeñó con una inestimable calidad profesional y sentido afecto personal. Su notable conocimiento sobre Rusia y los acontecimientos del siglo XX resultaron por demás valiosos en el ordenamiento y elaboración de la misma.

Asimismo, también desea expresar su agradecimiento al Doctor Carlos Fernández Pardo por sus precisas sugerencias al momento de abordar la estructura de la investigación.

A la Doctora Graciela Tonon, cuya sólida formación en metodología tornó muy comprensible y amena una cuestión central en todo emprendimiento de esta naturaleza. Igualmente a los Doctores Jorge Soneira y Raúl Bisio.

A la Doctora Mirka Seitz, cuya experiencia en el campo de la teoría de las Relaciones Internacionales fue muy útil.

Gracias a Cristina, Cecilia, Carolina, Martín, Walter, Eugenia, Francisco, Gabriel, Santiago, Mónica, Marta y Danko. Todos competentes profesionales que con su apoyo, sugerencias o sencillo acompañamiento hicieron que esta solitaria y fascinante tarea de pensamiento y decisión fuera más grata y segura.

Finalmente, el autor agradece a sus padres, a Norma y a Eric.

USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

INTRODUCCIÓN, MARCO TEÓRICO Y METODOLOGÍA

El argumento final de la siguiente investigación sostiene que Rusia, tras la derrota sufrida por la Unión Soviética en la Guerra Fría y el inmediato sostenimiento de una política exterior basada en una excesiva confianza en Occidente y en una inhabitual displicencia en relación a sus intereses nacionales, reajustó prioridades en dicha política con el firme propósito de desenvolverse una vez más en el nivel de los Estados preeminentes del siglo XXI.

En tanto una de sus principales capacidades, la política exterior rusa tras el desenlace de la Guerra Fría, el tema específico de la investigación, fue sin duda uno de los datos más reveladores de la situación de debilidad y postración en la que había quedado Rusia tras la contienda. Es cierto que el rumbo que fue adoptando la política exterior rusa durante la década del noventa obedeció a factores internos, pero no menos cierto fue que en buena medida los principales cambios estuvieron primordialmente asociados a la dinámica de una lógica sustentada en los términos derivados del propio conflicto de Guerra Fría, de su concluyente resolución, como asimismo de la relación *victorioso-derrotado* que la prosiguió. En buena medida, sobre estas cuestiones puntuales se centrará la investigación.

Para ello resulta esencial que las consideraciones sobre el acontecimiento tratado específicamente en la investigación se sustenten en una determinada matriz o marco de estudio, para lo cual es necesario optar por alguno de los enfoques teóricos que nos proporciona el amplio campo de las relaciones internacionales contemporáneas; asimismo, también es necesario sustentar la investigación en una metodología ordenadora y sintetizadora.

Considerando que nuestra investigación se concentra en un Estado de rango preeminente en el sistema internacional y en su política exterior tras la resolución de un muy definido y singular régimen internacional extremadamente ajustado a una férrea lógica de poder, la adopción de una teoría general como el realismo clásico en las relaciones internacionales (como asimismo alguna concepción de nuevo cuño de dicha escuela, concretamente el *realismo ofensivo*) es el instrumento más apropiado para sustentar la misma.

En relación a la orientación metodológica de la investigación, la misma se fundará en uno de los métodos más utilizados dentro de las ciencias sociales: el método de estudio de caso, acompañado asimismo por aportes del método interpretativo.

Presentadas sucintamente las tres cuestiones centrales de la investigación, tema, marco teórico y método, detengámonos ahora en términos más dinámicos y específicos en cada una de ellas.

EL TEMA COMO PROBLEMA

Respecto concretamente del tema central de investigación, la política exterior de Rusia entre 1991 y 2000, la conversión del mismo en un problema lo podemos realizar desde la siguiente reflexión: con el desplome de la URSS, en 1991, se cerró una etapa predominante durante buena parte del siglo XX. Ahora bien, ¿el fin de la Guerra Fría implicó que Occidente dejara de considerar al *Estado continuador* de la URSS, Rusia, como un eventual nuevo desafío?

Si juzgamos la orientación que fue adoptando la política exterior¹ rusa tras el fin de dicho conflicto y a lo largo de la década del noventa, concluiremos que no dejó de considerarla como un desafío, aunque (comprensiblemente) nunca existiera un documento oficial que la juzgara como tal. En otros términos, bien podríamos decir (a modo de anticipación) que el fin de la Guerra Fría implicó *terminar con la URSS pero no con su heredera, Rusia*.

Desde este planteamiento, ampliemos y clarifiquemos a continuación la cuestión desde otras preguntas y reflexiones.

En primer lugar, ¿es actual y oportuno el objeto de investigación?

Para responder esta pregunta, consideremos brevemente los siguientes acontecimientos ocurridos en Rusia solamente durante los últimos tres años:

A principios de 2007, la Federación Rusa aprobó una nueva doctrina militar en la que calificaba (de manera mucho menos ambigua que en la última presentada en 2000) la expansión política, económica y militar de Occidente en zonas de tradicional de influencia rusa como la verdadera amenaza a sus intereses nacionales².

¹ Definimos *política exterior* como el conjunto de medidas adoptadas por un Estado con el fin alcanzar una plena inserción en el orden internacional; asimismo, la política exterior implica ampliar y preservar los márgenes de autonomía y seguridad nacional; finalmente, particularmente para el caso de las potencias preeminentes, política exterior significa capacidad de proyectar poder a escala regional y global.

² Definimos *intereses nacionales* como todas aquellas cosas que los Estados tratan y tratarán de proteger o conseguir frente a otros Estados. También pueden ser definidos como un conjunto de conveniencias o necesidades de una nación; hay ciertos intereses nacionales que por su importancia alcanzarlos y preservarlos garantizan la existencia misma de la nación: entonces hablamos de *intereses vitales*.

También durante el mismo año, Rusia anunció que su aviación estratégica reemprendía las expediciones de patrullaje global.

Asimismo, anunció el lanzamiento de un programa de armas de *quinta generación* en el segmento de los antimisiles y la defensa espacial para el período 2007-2015. En paralelo a este aviso, Rusia anunció la intención de desplegar armas estratégicas (como los misiles de largo rango Topol-M y Bulava-M) capaces de vulnerar el escudo defensivo estadounidense.

En julio de 2008 el presidente Dimtri Medvedev ratificó un documento de política exterior en el que (una vez más) Rusia declaraba su oposición a la expansión de la OTAN hacia el este de Europa, especialmente a la incorporación como miembros de Ucrania y Georgia.

Durante el mismo mes, muy poco después de que Estados Unidos firmara un acuerdo con la República Checa para instalar un radar en ese país, el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Federación denunció el acuerdo y advirtió que Rusia podría reaccionar con métodos militares y técnicos.

También a mediados de 2008, Rusia se resistió a conceder a la UE un papel de involucramiento en los denominados *conflictos congelados* legados por la Unión Soviética.

Finalmente, en agosto de 2008 Moscú decidió desplazar su *músculo* militar en dirección a la región del Cáucaso con el firme propósito de poner límites a un actor (la ex república soviética de Georgia) cuya ofensiva militar contra Osetia del Sur desafiaba entonces los intereses de Rusia en su *espacio próximo de influencia*³. Posteriormente, una vez expulsadas las tropas georgianas del pequeño territorio, Moscú reconoció la independencia de Osetia del Sur y de Abjazia, reconocimiento que fue acompañado del compromiso de *ayuda militar mutua en caso de agresión*. La operación se completó con el anuncio del despliegue de casi 8.000 efectivos (no pacificadores como antes) de las Fuerzas Armadas de la Federación Rusa que garantizarían la independencia de los dos territorios ahora desgajados de Georgia.

En verdad, todos estos anuncios y hechos representaron la manifestación de una era de conducta externa rusa decididamente más activa llevada adelante por el nuevo liderazgo generacional que asumió el comando de Rusia en 2000, y sustentada en una firme decisión de reconstrucción del poder e influencia nacional. La decisión de avanzar militarmente sobre Georgia fue sin duda el resultado más extremo de esa *nueva* política exterior, decisión posiblemente esperada luego de la seria advertencia hecha por el ex presidente ruso Vladimir

³ Merece recordarse que desde su intervención en Afganistán, a fines de la década del setenta, Moscú no había adoptado decisiones militares contra un país independiente.

Putin en 2005⁴, cuando en ocasión de las celebraciones del fin de la Segunda Guerra Mundial (o Gran Guerra Patriótica) manifestó sin ambages que

El final de la URSS había sido una enorme catástrofe geopolítica, pues no solamente había perdido la Guerra Fría sino que ahora su legataria, Rusia, corría peligro de perder además lo que había conseguido en la Gran Guerra Patriótica.

Sin embargo, los orígenes de esta impetuosa manifestación de poderío, resultado de la adopción de una política exterior decididamente más firme por parte de Moscú, deben ser rastreados en la década del noventa cuando, tras el desplome de la Unión Soviética, la heredera, Rusia, sólo tuvo la opción de practicar ante Estados Unidos una *política exterior de adaptación*, producto de los términos de una *capitulación* que si bien literalmente nunca fueron expuestos, sí fueron (en algunos casos abiertamente) propulsados por *su vencedor* a manera de *dividendos de la victoria*.

En efecto, en 1991, la disolución de la URSS puso fin a una etapa de protagonismo medular de este país en la estructura del poder mundial durante buena parte del siglo XX. Pero ello, y este es un aspecto relevante de la investigación, ¿se tradujo en el fin del protagonismo de Rusia y en el fin de relaciones ruso-norteamericanas sostenidas en reflejos, sospechas, rivalidad...?

La respuesta es negativa: el final de la URSS no sólo no implicó el final del protagonismo de Rusia sino que inauguró una nueva etapa de relaciones, aunque efectivamente ahora desde nuevos términos: una Rusia con poder menguado y sin capacidad para (si fuera necesario) contender o (siguiendo patrones tradicionales de su política exterior) proyectar su influencia, y un Estados Unidos con un poder inigualado e inigualable y predispuesto a ejercer y mantener su preeminencia. Considerando la experiencia reciente casi secular entre la URSS y Estados Unidos, era inevitable que en este nuevo cuadro de situación habría una política y práctica para con el derrotado, aunque también una percepción y posición frente al victorioso.

Respecto de esta política, resulta crucial observar en retrospectiva que más allá de los procesos (como el de la globalización) u otras fuerzas transnacionales (como el terrorismo) que efectivamente debilitaron o erosionaron capacidades de los Estados), en paralelo a tales procesos y debilitamientos se registraron durante la década en estudio sensibles aumentos del poder nacional, particularmente del estadounidense. Dicho aumento (y uso) del poder no sólo implicó la consolidación de la predominancia de Estados Unidos en el sistema internacional, sino también la resolución de evitar el surgimiento de cualquier otra amenaza estatal (dentro y fuera de Occidente) que retara dicha predominancia y supremacía. Desde esta premisa expuesta sin ambages se elaboró, inmediatamente después de la

⁴ Resulta interesante advertir que tras el aplastamiento de las fuerzas de Georgia, la (ya elevada) popularidad del primer ministro Putin pasó del 80 al 85 por ciento de julio a agosto, y la del presidente Medvedev del 70 al 75 por ciento, según datos del centro Levada.

desintegración de la Unión Soviética, la *Guía de Política de Defensa 1992-1994*, documento elaborado por el Departamento de Defensa, que explícitamente incluía tal resolución.

La heredera de la derrotada Unión Soviética era uno de los actores del sistema internacional a la que más estaba dirigida dicha consigna estratégica. Tratándose la URSS del país que había desafiado a Estados Unidos por casi medio siglo (cuando no desde 1917), las autoridades estadounidenses no seguirían los lineamientos que aconsejó George Kennan en los inicios de la Guerra Fría, esto es, contener firmemente a un país con tendencias expansionistas, sino que se propondrían evitar cualquier posibilidad de recuperación de la ex potencia y, de ser posible, lograr que la heredera de la URSS se dirigiera hacia una situación de debilidad que la instalara al borde mismo de la fractura, tornando así definitivamente imposible la rehabilitación o reconstrucción del poder de la Rusia postsoviética. En alguna medida, y comprensiblemente salvando las diferencias, la situación bien podía cotejarse con la posguerra romano-cartaginesa, en el siglo 2 a. C.

Tras una primera parte relativa al antes y al momento del desenlace de la contienda bipolar, puesto que entonces se produjeron lógicas de expansión y declive que no solamente fueron determinantes para el fin de la contienda, sino para el estado de postración en el que se encontró Rusia y para la *continuidad* de la relación interestatal tras la misma, precisamente a la descripción y análisis de la *política exterior de adaptación* entre los años 1992-1993 está dedicada la segunda parte de la investigación.

Desde una perspectiva o definición operacional, los principales indicadores en los que se sustenta dicha descripción y análisis son los siguientes:

- Tras el desenlace de la Guerra Fría Estados Unidos permaneció como *primera y única* superpotencia global, estatus y posición desde los que defendió y promovió una política de poder sin atenuantes.
- El fin de la Unión Soviética dejó a Rusia en un estado de debilidad, postración y contracción geopolítica sin precedentes, situación que, más allá del casi *cándido* enfoque oficial de Moscú, restringió severamente el alcance de su política exterior durante la primera política exterior rusa, entre 1992-1993, *cuando Rusia no fue Rusia*.
- La alteración de la correlación de fuerzas (para continuar utilizando términos del ex conflicto) entre los rivales de la Guerra Fría fue en buena medida el dato que habilitó a un Estados Unidos sin contraparte llevar adelante iniciativas o *dividendos de la victoria* que resultaron humillantes y restrictivas para la derrotada Rusia.

Producto de las percepciones respecto de las verdaderas intenciones de Occidente para con Rusia tras el desenlace de la guerra fría y la desaparición de

la Unión Soviética, hacia fines de 1993 comienzan a registrarse cambios en la política exterior rusa: si bien dichos cambios se orientaron hacia un horizonte en el que no se abandonarían fines loables de la *política exterior I* o política exterior de *adaptación*, sí se consagraría mayor espacio a las cuestiones de defensa y reafirmación del interés nacional ruso. Aunque su alcance fue más retórico que práctico, sin duda el dato principal de esta *política exterior II* fue que no mostraba mayores divergencias internas ni ambigüedades acerca de las percepciones sobre los propósitos estratégicos estadounidenses no solamente en relación a Rusia, sino en relación al tipo de *orden internacional* (no multipolar) al que aspiraba la superpotencia y al orden (no hegemónico) al que aspiraba una Rusia reposicionada y reconocida.

En retrospectiva, dicha política exterior, que se fue galvanizando durante el resto de la década, representó el umbral de una nueva etapa menos retórica y decididamente más *proactiva* que, encauzado el reordenamiento interno, revirtiera el declive ruso sin precedente en la escena internacional de post Guerra Fría, e iniciara lo que bien podría configurar la restauración del poder e influencia de Rusia en el orden internacional del siglo XXI.

Precisamente, la tercera y cuarta parte de la investigación avanzan sobre la reorientación e instrumentación de una política exterior dirigida a reparar y reposicionar a Rusia y, por tanto, obtener reconocimiento. En este sentido, el principal indicador de cambio y reparación de dicha política fue el siguiente:

- La expansión de la OTAN hacia el Este, en tanto fue el factor que facilitó e inició un enfoque más *pro-activo* tendiente a reparar y a posicionar a Rusia en la distribución del poder internacional del siglo XXI.

De modo que durante los últimos casi cuatro lustros asistimos a cambios en la política exterior de Rusia que, si bien obedecieron (y obedecen) a una lógica interna propia de un actor igual y a la vez distinto de otros de la comunidad interestatal, estuvieron muy afectados por una intencionalidad concertada en función de los intereses y prevenciones de un actor, Estados Unidos, país que si bien retóricamente encaró la inmediata post Guerra Fría desde una perspectiva esperanzadora en términos de aplicación de *principios de justicia y juego limpio que protegieran al débil del fuerte*, para expresarlo en las propias palabras del mandatario estadounidense pronunciadas en 1991, en los hechos se condujo, tanto en tiempos de la administración republicana de George H. Bush (1989-1993) como de la demócrata de William Clinton (1993-2001), como un actor *primus inter pares* (o quizá más apropiadamente un *disímil entre símiles*) del sistema internacional resuelto a incrementar su margen de seguridad a nivel nacional como así a reafirmar y promocionar su interés nacional a escala internacional.

Desde este planteo son varias las cuestiones o aristas que necesariamente deben ser abordadas. El estudio de las políticas exteriores desde aquellas perspectivas implica el juego de múltiples variables, y en este caso las políticas, económicas, militares y estratégicas son sin duda la clave de bóveda para

describir el tema de estudio. Por caso, la naturaleza ideológica de los hacedores de política exterior estadounidense, muy activos ya en tiempos de las presidencias de Reagan, Bush y Clinton y abiertamente resueltos en los años posteriores, en modo alguno puede ser soslayada al momento de comprender los sustentos del (largo) *momento unipolar* de dicha potencia; asimismo, si la tan mentada globalización predominante durante los noventa no se contempla en clave de sistema de poder con actores que si bien no la elaboraron sí la impulsaron en función de sus intereses nacionales se corre el alto riesgo de seguir muy parcialmente el orden internacional de entonces; lo que se denomina Revolución en los Asuntos Militares (RAM), también merece una objetiva observación, pues ella ha sido vital para posicionar a Estados Unidos en la citada categoría de inigualada e inigualable.

Tanto en Occidente como en Rusia, existen diferentes enfoques sobre la cuestión, sobre todo porque al no haber existido una línea oficial en materia de política exterior estadounidense que planteara explícitamente semejante propósito respecto de proseguir la pugna hasta *acabar* con la propia Rusia, las posiciones oscilan entre aquellas dispuestas a mantener la cooperación (auténtica) con Rusia y aquellas que sugieren una cooperación (disfrazada). En general, los estudiosos tradicionales de las relaciones internacionales (en especial los dedicados a Rusia y a la relación bilateral) trabajan desde la desconfianza que le aporta la experiencia, y aquí sí las advertencias realizadas por Kennan en 1945 *extienden* de alguna manera la Guerra Fría más allá del fin de la URSS; pero también están aquellos, más próximos al modelo institucional en las relaciones internacionales, que consideran que el fin del régimen marxista-leninista-estalinista abrió verdaderas oportunidades para sujetar a ese país a las interdependencias, consideración ésta que evoca la estrategia seguida por Occidente en los años setenta.

Desde el lado ruso, transcurrida la etapa de adaptación y esperanza de la política exterior rusa, los enfoques en buena medida han sido (y siguen siendo) *continuistas*, esto es, se fundan en un patrón protohistórico que, como bien observa la especialista francesa Hélène Carrère D'Encausse, tiende a *pensar Rusia* no sólo arrinconada y determinada por imperativos de la geografía, sino por voluntades y acciones de actores próximos y lejanos.

A manera de terminación del problema presentado, hasta aquí hemos presentado los aspectos centrales del objeto de investigación: la política exterior de un actor preeminente del sistema internacional. El protagonismo indiscutible de Rusia en el siglo XX, *El siglo soviético*, según es historiador Moshe Lewin, es un dato trascendente para cualquier estudio sobre relaciones internacionales. Si bien desde el mismo principio de siglo Rusia vivió de catástrofe en catástrofe⁵, después

⁵ Sólo considérese esta secuencia de cribas o hechos adversos: 1905, derrota y humillación militar ante Japón; 1905-1907, disturbios internos; Primera Guerra Mundial, derrota militar ante Alemania; 1917, Revolución; 1918, cesión de extensos territorios a Alemania; 1917-1921, guerra civil y comunismo de guerra; 1921-1922, hambruna; fines del veinte y principios del treinta,

de 1945 lo que la ha caracterizado ha sido la fortaleza y la deferencia por parte de los demás actores del sistema internacional. Pero tras el desenlace del conflicto bipolar, Rusia se dirigió hacia un estado de notable contracción externa y debilidad interna tal, que en Occidente (más específicamente en la propia Casa Blanca) se llegó a afirmar que

La posibilidad de que Rusia influyera en el sistema internacional era la misma que tenía una persona para vencer la Ley de Gravedad.

Sin embargo, dicha debilidad era en parte resultado de un enfoque destinado a mantener no ya a *Rusia fuera y a Estados Unidos dentro Europa* (según la fórmula geopolítica de tiempos de Guerra Fría expresada por un ex Secretario General de la OTAN), sino a *Rusia debajo y a Estados Unidos encima*, tratamiento que implicaba una novedosa sorpresa, aunque no demasiada para la tradicional percepción rusa de *cerco* o *asedio*. Pero fue precisamente dicho enfoque, que en la práctica se tradujo bajo términos de una sistemática humillación por parte de los vencedores, el que en buena medida determinó modificaciones en el rumbo de la política exterior rusa en los noventa.

En relación a la pertinencia de la cuestión bajo análisis, la misma reside en que el sujeto de estudio es un Estado. El dato tal vez puede parecer habitual y hasta *superado* desde aquellos enfoques críticos que señalan que el término relaciones internacionales debería ser suplido por un concepto más amplio. Sin embargo, en modo alguno lo es: más allá de la importancia que ello posee para la elección del marco teórico, lo oportuno del estudio radica en que si bien es cierto que durante los años noventa se afirmaron procesos sociales, económicos, etc., e irrumpieron actores de cuño no estatal que erosionaron capacidades y destrezas de los Estados de una manera verdaderamente notable y hasta desconocida en algunos casos, afectando en algunas situaciones *cimientos* de la disciplina, resulta no sólo conveniente sino sumamente imperativo no dejar de seguir ni mucho menos abandonar aquellas continuidades vinculadas al tradicional orden de Estados u orden interestatal.

En efecto, el fin de conflicto bipolar desactivó un orden que había *encapsulado* y determinado las relaciones internacionales a su lógica y a su dinámica, pero en modo alguno implicó el fin de las rivalidades y tensiones entre los actores que continuaron y continuarán siendo centrales en el sistema, los Estados. Más todavía, una excesiva propensión a explicar el mundo desde lógicas transnacionales e intranacionales puede llevar a soslayar aquellas de cuño tradicional o interestatal que tradicionalmente afectaron y proseguirán afectando el sistema, ora estabilizándolo ora perturbándolo.

Por otra parte, ¿resulta relevante o apreciable dicho objeto de estudio?

colectivización forzosa y hambruna; terror interno; 1941, invasión externa, guerra total y decenas de millones de muertos.

El objeto de investigación definitivamente es relevante porque comprende no a un actor lateral del sistema internacional sino a un actor central de la distribución de poder del escenario internacional. Dicha centuria nace y fenece con acontecimientos que tienen lugar en este país⁶. Mientras autorizados estudios históricos destacan la desastrosa guerra con Japón en 1905 y los tumultos internos de 1905/1907 como los inicios no sólo del nuevo siglo sino como los acontecimientos eminentes de una nueva era de disturbios, violencia y catástrofes rusas, otros arrancan el siglo a partir de los cruciales sucesos que finalmente desembocaron en la Revolución Soviética de 1917⁷.

Después de la Segunda Guerra Mundial la URSS se convirtió en uno de los dos actores centrales del sistema internacional. A partir de entonces su ascendente en el escenario internacional fue tal que desde 1945 (algunos sostienen que en verdad desde 1917) y hasta 1991, cuando se desmoronó la URSS, los lineamientos de la política exterior estadounidense estuvieron determinados por la existencia del desafío que figuraba la política exterior de la Unión Soviética a escala global.

Si bien es muy difícil asegurar en relación a dicha distribución cuál será finalmente la disposición final del mundo durante la presente centuria, ninguna duda existe sobre el lugar y el ascendente (estabilizador o no) que tiene y tendrá Rusia en dicha configuración⁸. Desde el siglo XIX Rusia ha sido un preeminente actor del sistema interestatal. Pero ha sido durante prácticamente todo el siglo XX cuando Rusia (luego la URSS) pasó a tener un protagonismo excluyente en las cuestiones internacionales. Este protagonismo constituye un dato capital para la elección del país y el objeto específico de investigación, su política exterior.

Por ello, más que considerar este protagonismo destacando hechos históricos, a los efectos de la investigación realicemos algunas breves pero útiles reflexiones de carácter más conceptual atendiendo las especificidades que supone la política exterior desarrollada por un agente preeminente del sistema internacional.

En primer lugar, cuando hablamos de Rusia nos estamos refiriendo a un actor estatal *más* del sistema internacional, esto es, en principio, un actor que,

⁶ El renombrado historiador ruso Roí Medvedev destaca que de los cuatro acontecimientos fundamentales que determinaron la historia política del siglo XX, el primero (Revolución de 1917) y el último (disolución de la URSS) tuvieron como protagonista a dicho país (los otros dos son la Segunda Guerra Mundial y la disolución de los imperios coloniales, hecho que dio origen al *Tercer Mundo*).

⁷ Interesante resulta el estudio del historiador Niall Ferguson, quien desde una perspectiva centrada en la violencia arranca la centuria precisamente con dos acontecimientos que tienen como protagonista a la Rusia zarista: la guerra ruso-japonesa y los desórdenes internos en dicho país; ver de dicho autor: *La guerra del mundo. Los conflictos del siglo XX y el declive de Occidente* (1904-1953), Debate, España, 2007, p. 74.

⁸ De las diez posibles confrontaciones interestatales mayores que podrían tener lugar durante el presente siglo, Rusia aparece en cinco de ellas, ver Colin Grey, *Another Bloody Century. Future War*, Phoenix, London, 2005, p. 179.

como sostiene Marcel Merle, es capaz de *desempeñar una función* en el escenario internacional⁹. Sin embargo, desde una lógica primordialmente centrada en diferencias de poder interestatal, cuando hablamos de Rusia nos estamos refiriendo a un actor desemejante a los demás.

Aunque esta afirmación pueda resultar una obviedad y efectivamente se deba recordar que el status de superpotencia se hundió con el desplome de la Unión Soviética, es importante y conveniente no omitir una realidad que distingue (y continuará distinguiendo) a Rusia de cualquier situación análoga de sensible diferenciación de poder interestatal: se trata de un actor del sistema internacional que dispone de un poderío militar no convencional pasible de provocar un guerra de destrucción masiva al tiempo de colocar en peligro la existencia misma de la Humanidad¹⁰. Sin entrar a considerar si la Rusia actual posee o no los recursos económicos y tecnológicos que le permitan incrementar dicho poderío¹¹, es un hecho inobjetable que Rusia dispone de semejante capacidad, dato que le confiere uno de los atributos de poder más selectos como actor central del sistema internacional: efectiva capacidad de disuasión en la más alta escala.

Finalmente, ¿contribuye la cuestión de estudio a la disciplina de las relaciones internacionales?

El estudio aporta continuidad para la construcción de una disciplina todavía nueva. Sobre todo si estimamos que el largo período de la Guerra Fría de alguna manera *simplificó* los estudios en la materia, por cuanto todo quedó muy sujeto a la lógica casi estática de ese conflicto. La década del noventa trajo cuestiones nuevas al estudio de las relaciones internacionales: la globalización ha sido un fenómeno que prácticamente se convirtió en un *régimen* internacional que todavía no ha sido suficientemente estudiado, sobre todo desde perspectivas de poder menos que de proceso.

Se ha insistido hasta la saciedad respecto de la erosión de la soberanía de los Estados y de la *relocalización* de la autoridad de éste *hacia arriba, hacia abajo y hacia sus laterales* como consecuencia de actores legales y no legales del sistema internacional. El impacto de la transfronterización y la transnacionalización ha profundizado un paradigma advertido hace ya más de treinta años. No obstante, si bien es muy importante seguir estas cuestiones, no menos lo es seguir aquellas cuestiones de naturaleza interestatal. La importancia es superior todavía si se trata de actores que han sido protagonistas excluyentes del pasado

⁹ Marcel Merle, *Sociología de las relaciones internacionales*, Alianza, Madrid, 1991, p. 341.

¹⁰ R. Calduch, *Relaciones Internacionales*, Edit. Ciencias Sociales, Madrid, 1991, Cap. 7, www.ucm.es/info/sdreint/ficheros_aula/aula/1307.pdf (disponible en línea).

¹¹ No obstante, recordemos que en septiembre de 2008, en Oremburg, el primer ministro Dimitri Medvedev anunció planes de modernización del sistema de disuasión nuclear para el 2020, que incluyen un nuevo programa de defensa aeroespacial; casi simultáneamente, el presidente Putin anunció un aumento de casi el 30 por ciento del gasto asignado a seguridad y defensa en 2009. El nuevo programa de rearme ruso incluye la puesta en servicio de misiles intercontinentales, submarinos nucleares y aviones estratégicos.

reciente, que *cuentan* en la escena mundial actual y que están llamados a desempeñar un papel protagónico preponderante en la centuria en ciernes.

Precisamente, el tema de estudio presentado aquí va en esa dirección: es un estudio de Estados, de relaciones interestatales y de reconstrucción de poder estatal; como señalan autorizados especialistas de la disciplina como Stanley Hoffmann, de *políticas como de costumbre*, porque de este tipo de políticas ha dependido (y no existen razones para que no lo continúe haciendo) en gran parte la deriva del escenario internacional hacia tiempos de estabilidad o hacia tiempos de desconcierto.

EL MARCO TEÓRICO

Respecto del cuerpo teórico, éste será el que más apropiadamente respalde y apoye nuestros conceptos e ideas en relación a la cuestión en estudio. Es importante advertir que en relaciones internacionales no siempre resulta sencillo definir el marco conceptual, porque si bien se pueden contar con variables y conceptos que nos remitan a un determinado paradigma, la emergencia hace ya casi tres décadas de nuevos actores (no estatales) y procesos (sociales, económicos, etc) en la disciplina ha tornado sumamente compleja y confusa la adopción de pautas teóricas integradoras.

Desde hace décadas no pocos especialistas pertenecientes a las relaciones internacionales concuerdan respecto de la dificultad que existe al momento de elaborar una teoría de la propia disciplina. Muchos encuentran en la historia una base más que importante, una suerte de interdependencia de historia y teoría; otros, denominados reformadores, colocan el acento en la pretensión o en la demanda de la disciplina. Si bien se han realizado notables aportes desde una y otra perspectiva, como bien sostenía Kenneth W. Thompson en los años cincuenta *la historia raras veces puede considerarse como teórica, puesto que su finalidad primordial es aclarar la singularidad de los acontecimientos (...) La historia es política pasada, y como tal proporciona a la teoría su materia prima. Pero, fundamentalmente, historia y teoría difieren por su objeto y por su forma. En cuanto a los reformadores, enfocan las relaciones internacionales no tal como son, sino tal como deberían ser*¹².

Dichas cuestiones o debates persisten a principios del siglo XXI; no obstante estas consideraciones introductorias y pertinentes, nuestra investigación

¹² Kenneth W. Thompson, *Hacia una teoría de la política internacional*, en Stanley Hoffmann, *Teorías contemporáneas sobre las relaciones internacionales*, Editorial Tecnos, Bs. As., 1979, p. 40.

no puede carecer de un sistema coherente de conceptos que integren el problema dentro de un marco donde éste cobre significado.

En este sentido, el conjunto de conceptos que nos permiten situar nuestro problema forman parte del paradigma clásico de las relaciones internacionales. Este paradigma, que abarca de enfoques protohistóricos, se conoce como realismo clásico, y si bien los estudios se iniciaron durante los años de entreguerra, fue a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial cuando surgieron obras cada vez más integradas y sistematizadas¹³. Hasta los años sesenta, el paradigma o escuela realista dominó el estudio de las relaciones internacionales.

Si bien la disciplina se enriqueció notablemente con el surgimiento de nuevos enfoques o paradigmas, como el de las interdependencias, de principios de los años setenta, el realismo no solamente siempre fue la referencia teórica casi obligada en razón de los acontecimientos internacionales, sino que aún en tiempos de aparente fortalecimiento de otros enfoques, la escuela clásica sufrió una notable revitalización.

Antes de exponer los presupuestos esenciales del realismo clásico, es importante advertir que la gran mayoría de estudiosos que han abordado la política exterior rusa tras la Guerra Fría como asimismo las nuevas relaciones entre Rusia y Estados Unidos, lo han hecho desde el patrón realista de las relaciones internacionales.

Dejando de lado aquellos enfoques rusos que centraron la política internacional tras el bipolarismo en premisas de orden institucional y humanitario rechazando la visión de cuño *darwinista* en las relaciones interestatales y basando dicha política en el concepto de *aliados* y no en el de *intereses*, como los del propio diplomático Andrei Kozyrev, ministro de la Federación Rusa entre 1992 y 1996, Vladimir Ilyushenko, Fiodor Shelov-Kovedyaev, etc., por citar algunos de los más importantes de ellos, los demás enfoques se fundaron en patrones tradicionales de política interestatal. Más aún, varios de esos enfoques advertían que Estados Unidos perseguiría fines de poder en relación a Rusia, como, por caso, advertía el especialista Igor Shafarevich; casi en la misma línea se inscribía el pensamiento geopolítico de Alexander Dugin; asimismo, los trabajos de Guennady Ziuganov, Alexei Arbatov, Andrei Arbatov, Vladimir Lukin, Evgeni

¹³ Sólo para citar las principales referencias del paradigma realista, en el siglo III a.C. el estratega e historiador ateniense Tucídides escribió una obra de influencia decisiva en la escuela realista de las relaciones internacionales del siglo XX: en *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Tucídides no sólo narró la confrontación entre Atenas y Esparta, sino que construyó un marco conceptual sobre las causas de la guerra, el poder y los intereses del estado, es decir, los conceptos centrales de dicha escuela; por su parte, el florentino Nicolás Maquiavelo también ha influido sobremedida en el realismo, en tanto su pensamiento enfatizaba la necesidad del gobernante de adoptar patrones morales diferentes de los del individuo, a fin de asegurar la supervivencia del Estado; asimismo, Thomas Hobbes se refirió a que *el hombre tiene un perpetuo e incansable deseo de un poder tras otro que cesa sólo con la muerte*; ya en el siglo XX, los trabajos del alemán Max Weber acerca de la política, el poder y el Estado, como así durante el período de entreguerra, los estudios del británico Edward Hallet Carr son considerados fundamentales en la disciplina.

Primakov, etc., fueron realizados sobre la base de una matriz que siempre interrogaba sobre la cuestión del poder en las relaciones interestatales.

En Occidente también los enfoques respecto a Rusia estuvieron centrados en cuestiones de poder. Peter Rutland, Zbigniew Brzezinski, William Odom, Brent Scowcroft, por citar unos pocos, abordaron la cuestión sin rodeos: hasta tanto no asumiera una conducta basada en el *pluralismo geopolítico* regional, Rusia debía continuar siendo tratada como un imperio, es decir, desde los presupuestos del realismo en las relaciones interestatales.

Ahora bien, respecto de los presupuestos esenciales del realismo clásico, hay que decir que esta línea de pensamiento supone que existen factores en gran medida inmutables que configuran la conducta internacional, por caso, la geografía y la naturaleza del comportamiento humano. En contraste con el utopismo o idealismo, la otra corriente o paradigma, el realismo sostiene que la naturaleza humana es esencialmente constante (para aquel es mejorable y tal vez hasta perfectible)¹⁴. Precisamente, por la idea que tienen acerca de la naturaleza humana, los utopistas o idealistas consideran que es posible lograr que la política se adecue a un patrón ético, esto es, a un patrón de comportamiento de cuño más institucional y menos relacional.

Estableciendo distinciones a partir de conceptos paradigmáticos más propios entre uno y otro, mientras los realistas consideran el poder como el factor central de la vida interestatal, los idealistas consideran que hay posibilidades para que las instituciones regulen los comportamientos de los Estados. Claramente, mientras en unos el acento está colocado en lo relacional, es decir, en la relación competitiva entre Estados, en otros lo está en una variable de ordenamiento institucional, es decir, de sujeción de los actores al derecho.

Centrándonos en nuestro paradigma seleccionado, el realismo clásico se basa en los siguientes presupuestos:

- * Los Estados son los agentes centrales en las relaciones internacionales.
- * La política internacional es una lucha por el poder en un entorno anárquico (es decir, sin un gobierno central, a diferencia de lo que sucede hacia el interior de los Estados).
- * Los Estados priorizan la defensa y la promoción del interés nacional.
- * La política interna puede separarse claramente de la política exterior.
- * Existen gradaciones de capacidades entre las naciones (grandes potencias y estados menores).

¹⁴ James Dougherty, Robert Pfaltzgraff, *Teorías en pugna en las relaciones internacionales*, GEL, Bs. As., 1993, p. 91-92.

Respecto del primer presupuesto, como se adelantó en el planteo del problema, si bien han surgido nuevos actores de cuño no estatal como asimismo nuevas jerarquías de temas, las relaciones internacionales continúan teniendo como protagonistas a los Estados, y cuando se alude al orden internacional se está haciendo referencia a la reestructuración del orden inter-estatal. Sin duda que existen e influyen nuevos actores, pero también es cierto que desde la creación de la ONU, en 1945, el número de Estados pasó de 50 a casi 200 en la actualidad.

Nuestra investigación está centrada en el Estado, y nunca será innecesario repetirlo: no se trata de cualquier Estado, sino de un actor, Rusia, que ha contado, cuenta y con el que indubitadamente habrá que contar en el sistema internacional. Cabe recordar que desde 1815, un momento capital en la reconfiguración del orden entre estados, Rusia ha sido un actor clave entre las cinco o seis potencias que rigieron el orden. A partir de 1945 se convirtió en uno de los dos actores que redujeron el orden a su propia lógica de poder.

Después del desplome de la URSS, y sobre todo tras una etapa de adaptación de su política exterior a los imperativos de la resolución de la Guerra Fría, Rusia se ha encaminado hacia la reconstrucción de sus capacidades con el propósito de no ser más humillada y sí *ser tenida en cuenta* una vez más en el nivel de los Estados poderosos o, para expresarlo en los términos de los realistas, los Estados con capacidad de proyectar poder.

En cuanto a la *variable independiente*, Estados Unidos, también se trata de un Estado que, desde la perspectiva de nuestra investigación, ha intentado *rentabilizar* su victoria (en términos del realismo diríamos *maximizar* su poder) en la Guerra Fría.

De manera que la investigación está centrada en el principal presupuesto del paradigma realista, los Estados como las unidades políticas relevantes del sistema internacional.

En relación al segundo presupuesto, la cuestión del poder es clave para la lógica del realismo clásico: Hans Morgenthau (1904-1980), acaso el más célebre teórico de esta escuela, concibe y define la política internacional como una lucha por el poder; por su parte, Nicholas Spykman (1893-1943), cuyo concepción geopolítica sirvió para la elaboración de la doctrina estadounidense de la *contención* de la URSS después de 1945, sentencia que *toda vida civilizada descansa en última instancia en el poder*¹⁵. Para este clásico pensador de la geopolítica, los Estados existen porque son fuertes o bien tienen otros Estados que los protegen. Para lograr asegurar su supervivencia, *los Estados deben hacer de la preservación o el mejoramiento de su posición de poder un objetivo principal de su política exterior*.

¹⁵ Manfred Wilhelmy, Política internacional: enfoques y realidades, Centro Interuniversitario de Desarrollo, Grupo Editor Latinoamericano, Bs. As., 1988, p. 60.

En clave realista, en relaciones internacionales el poder obedece a una lógica relacional: importa en tanto se posee *más que el otro* y se logra, en base a esta ventaja, determinados resultados, por caso, que *el otro* actúe de determinada manera y no de otra. En este sentido, el especialista Arnold Wolfers (1892-1968) aducía que *el poder es la capacidad de mover a los otros o lograr que hagan lo que uno quiere que hagan y no hagan lo que uno no quiere que verdaderamente hagan*.

Para los principales referentes del realismo clásico, los Estados siempre actuarán de forma tal que protejan sus posiciones de poder, tal vez inclusive al punto de llevar al máximo su poder. Para Morgenthau, esto ha sido y será así: *Asumimos que los hombres de Estado piensan y actúan en términos de interés definido como poder y la prueba de la historia comprueba dicho presupuesto. El presupuesto nos permite rastrear y anticipar, por así decirlo, los pasos que un estadista (del pasado, el presente o el futuro) ha dado o tomará en la escena política. Miramos por encima de su hombro cuando escribe sus despachos, escuchamos su conversación con otros hombres de estado, leemos y anticipamos inclusive su pensamiento*¹⁶.

Nuestro estudio es, en definitiva, un estudio sobre lógicas de poder entendidas desde esas perspectivas, aunque diferentes entre un actor y otro como consecuencia del desenlace del conflicto bipolar: un Estado derrotado, dato que implicaba un alcance menguado de su poder, y bajo condiciones de desprestigio y humillación por parte del actor victorioso, para el que la lucha por el poder y la primacía del interés nacional han sido la base de su concepción y participación internacional desde que inició en la segunda mitad del siglo XIX el camino *de la riqueza al poder*, para expresarlo en los términos del analista Fareed Zakaria.

Es importante destacar que si bien se tiende a colocar el acento en la capacidad militar como factor central del poder, los realistas sostienen que la corriente nunca ha definido el poder en términos exclusivamente militares. El dato no es menor, sobre todo cuando un actor preeminente del sistema pretende que se *lo siga* por la atracción de sus ideas (económicas, por caso), su capacidad para formar alianzas, etc., cuestiones que adelantaremos más adelante y que nos parecen muy importantes para enriquecer nuestro paradigma.

Respecto del presupuesto sobre el interés nacional, se trata de otro componente cardinal del realismo clásico. Morgenthau lo incluye en sus *seis principios* de realismo político. Para este autor de origen europeo, el interés definido como poder proporciona *el enlace entre la razón y los hechos que reclaman comprensión*¹⁷. Mostrándose como un realista sin ambages, sostenía

¹⁶ Robert Keohane, Instituciones internacionales y poder estatal. *Ensayos sobre teorías de las relaciones internacionales*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1993, p. 64.

¹⁷ Hans J. Morgenthau, *Política entre naciones. La lucha por el poder y la paz*, GEL, Bs. As., 1988, p. 12.

que en la medida en que el mundo esté dividido en naciones, el interés nacional es por cierto la última palabra en la política mundial.

Básicamente, el interés nacional consiste en la percepción dominante entre los actores relevantes (como lo son nuestros agentes en la investigación) en el sentido de que ciertos intereses del Estado son fundamentales para consolidar, mejorar o preservar la posición del mismo como actor en el sistema internacional. Dichos intereses poseen las siguientes características¹⁸:

- Son de carácter imperativo, esto es, en cuanto algunos intereses son percibidos como vitales, se infieren de ellos virtuales mandatos de comportamiento. Conforman las premisas básicas de las que cualquier política exterior muy difícilmente pueda apartarse, y determinan el rango de opciones que se aprecian permisibles en la acción diplomática.
- Son de naturaleza superior, esto es, prevalecen por sobre otras consideraciones derivadas de grupos, facciones, etc. En otras palabras, el descuido o la no consideración del interés nacional frente a otros intereses no vitales puede resultar fatal para el estado, por consiguiente, y dar lugar a los más severos enjuiciamientos políticos.
- Son de largo plazo, esto es, aunque por lo general se proclaman como permanentes, aunque son trascendentes en su esencia, los intereses cambian solamente en el largo plazo, como consecuencia de grandes transformaciones en el sistema internacional.
- Son irrenunciables, esto es, conforman un núcleo de posiciones políticas del Estado, cuya importancia se estima tan grande que en modo alguno pueden ser renunciados o abandonados sin incurrir en costos políticos muy elevados cuando no inaceptables. Tales acciones, omisiones o descuidos provocarían consecuencias como la pérdida de estabilidad institucional interna y/o la derrota política o militar ante otros Estados. Frente a opciones tan nefastas, se estima preferible la defensa de los intereses vitales, aunque ello implique llevar a la nación a la guerra.

El concepto de interés es uno de los más apropiados en relación a la investigación sobre los cambios de la política exterior rusa, puesto que precisamente la clave de una política exterior, siguiendo nuestro marco teórico, no se debe buscar en las motivaciones de los hombres de Estado sino en aquellas cuestiones relativas a la defensa y la promoción del interés nacional: para el realismo *los buenos motivos proporcionan seguridad contra las políticas deliberadamente malas, pero no garantizan la bondad moral o el éxito político de las políticas que inspiran. Si se desea conocer una política exterior, resulta importante conocer no tanto los motivos primarios del estadista sino su habilidad intelectual para comprender lo esencial de la política extranjera así como su*

¹⁸ Manfred Wilhemmy, op. cit., p. 144.

*habilidad política para trasladar esa comprensión a un acto político exitoso. De donde se desprende que la ética juzga, en forma abstracta, la calidad moral de los motivos, en tanto la teoría política debe juzgar las cualidades políticas del intelecto, la voluntad y la acción*¹⁹.

Esto último nos lleva a otro de los aspectos relevantes del paradigma realista: la separación entre política externa y política interior.

Una antigua sentencia en relaciones internacionales nos dice que mientras hacia el interior de los Estados las instituciones y las leyes restringen al poder, hacia fuera del estado el poder restringe las instituciones y las leyes. En otros términos, mientras hacia adentro de los Estados se da el fenómeno de *centralización*, hacia fuera reina la anarquía, esto es, la ausencia de una entidad reguladora. Es verdad que existen organizaciones y regímenes internacionales que intenta *centralizar* el orden interestatal, pero no es menos cierto que (continuando el pensamiento realista de Churchill) *ningún Estado poderoso permite que una organización adopte decisiones por él*. Más aún, muchas veces dichos Estados proyectan a través de dichas instituciones sus políticas de poder.

Esta lógica de concepción diferenciada obedece precisamente a que un enfoque realista de las relaciones internacionales jamás igualará las políticas exteriores de un estadista con sus simpatías políticas o filosóficas. Siguiendo una vez más a Morgenthau, *los estadistas bien pueden recurrir a la costumbre de presentar sus políticas exteriores en términos de sus simpatías filosóficas y políticas a los efectos de conseguir apoyo popular para ellas. Pero distinguen, con Lincoln, entre su deber oficial, que consiste en pensar y actuar en función del interés nacional, y su deseo personal que tiende a la corporización en todo el mundo de los propios valores morales y principios políticos. El realismo político no requiere ni condona la indiferencia hacia los ideales políticos o los principios morales, pero sí reclama una nítida diferenciación entre lo deseable y lo posible, entre lo que es deseable en todas partes y en cualquier tiempo y lo que es posible bajo circunstancias concretas de tiempo y lugar*²⁰. También podríamos citar al prestigioso diplomático y soviólogo estadounidense George Kennan (1904-2005) al respecto: *El gobierno es un agente, no un patrón. Su obligación primordial es respecto de los intereses de la sociedad nacional que representa, no respecto de los impulsos morales que los elementos individuales de dicha sociedad pueden experimentar*²¹. En breve, ante una determinada política nacional el realista político siempre se hará la misma pregunta: ¿cómo afecta tal o cual política el interés de la nación?

Por último, es necesario considerar que más allá de los grandes principios del derecho internacional, en la realidad no hay estados iguales, puesto que existen diferentes niveles de gradación entre los Estados. Desde este presupuesto

¹⁹ Morgenthau, op. cit., p. 15.

²⁰ *Ibid.*

²¹ Dougherty, Pfaltzgraff, op. cit., p. 93.

del realismo clásico, queda fuera de cualquier duda que nuestros agentes en la investigación pertenecen al *primer anillo* de actores del sistema internacional. Una vez más, se trata de agentes del sistema internacional que pertenecen al selecto segmento de lo que los especialistas gustan denominar *jugadores geoestratégicos*, es decir, Estados activos con capacidad y voluntad nacional de ejercer poder o influencia más allá de sus fronteras para alterar el estado de las cuestiones geopolíticas.

A los efectos de nuestra investigación, es importante aclarar algo que se adelantó previamente: no se debe atribuir al realismo clásico capacidades relacionadas únicamente con factores o fuentes duras de poder, es decir, territorio, fuerzas armadas, etc. Como se sostuvo, los realistas nunca definieron el poder exclusivamente en esos términos. El realismo parte de una premisa básica: la inexistencia de un gobierno central en el sistema internacional. Esto es incuestionable para el paradigma. Por tanto, incrementar los márgenes de seguridad, maximizar el poder y defender y promover el interés nacional son y deben y deberán ser por siempre los objetivos relevantes y permanentes del paradigma como *hoja de ruta* de los Estados en un entorno internacional *anárquico*.

Para la obtención de dichos objetivos aquellos recursos de poder denominados *blandos* sin duda que son funcionales y, por tanto, deben ser incluidos como capital en materia de medios de los Estados para lograr seguridad y predominancia en dicho entorno. Estas aclaraciones nos parecen sumamente pertinentes, puesto que desde una perspectiva crítica podrían significar que el realismo clásico es restringido en su concepción del poder en las relaciones internacionales.

Nuestro paradigma es lo suficientemente amplio a la hora de incluir considerar capacidades de los Estados (bien podríamos decir que el realismo clásico es, por tanto, un enfoque de naturaleza inclusiva); en este sentido, tanto aquellos medios correspondientes a la *alta política* (medios militares, recursos estratégicos, territorio, etc) como aquellos pertenecientes a la *baja política* (medios económicos, culturales, tecnológicos, etc.) son valiosos al momento trabajar para alcanzar aquellos objetivos.

El siguiente cuadro nos proporciona un interesante panorama acerca de lo que acabamos de sostener:

Estados líderes y principales recursos de poder, 1500-1900

Período	Estado líder	Principales recursos
Siglo XVI	España	Lingotes de oro, comercio colonial, ejércitos mercenarios, vínculos dinásticos.
Siglo XVII	Holanda	Comercio, mercados de capital, armada.
Siglo XVIII	Francia	Población, industria rural, administración pública, ejército.
Siglo XIX	Gran Bretaña	Industria, cohesión política, finanzas y crédito, armada, normas liberales, ubicación insular.
Siglo XX	Estados Unidos 	Escala económica, liderazgo científico y técnico, cultura universalista, fuerzas armadas y alianzas, regímenes internacionales liberales, centro de comunicaciones transnacionales.

Fuente: Joseph Nye, *La naturaleza cambiante del poder norteamericano*, GEL, Buenos Aires, 1991, p. 41.

En suma, consideramos que el paradigma realista clásico es el que más apropiadamente respalda nuestra investigación, puesto que ésta implica una descripción y análisis sobre estados, estados prominentes y con basta experiencia en materia de abordar las relaciones internacionales en clave de pugna por el poder.

En breve, a manera de párrafo operativo y terminal del marco teórico, digamos que tras el desenlace de la guerra fría, Rusia, como *estado continuador* de la Unión Soviética, afrontó el nuevo escenario desde una lógica de política exterior que en buena medida desestimó el interés nacional. Esta no había sido una política habitual de la URSS antes y después de 1917 (de allí el capítulo de la investigación denominado *Cuando Rusia no fue Rusia*). Pero su condición de *derrotado* en la Guerra Fría no le dejó opciones demasiado diferentes para el diseño de una *política exterior de adaptación* ante un escenario que estableció una

nueva jerarquía de prestigio²². Pronto comprendió que las *buenas intenciones* no podían ser un camino provechoso en un contexto en el que no existe una agencia internacional protectora de los intereses nacionales superior al propio Estado. Pronto comprendió que, como muy bien advierte el *realista ofensivo* John Mearsheimer, un estudioso sobremediano considerado en la investigación, el *statu quo* entre los poderosos rara vez se da porque el sistema internacional crea incentivos para que las unidades políticas busquen oportunidades para incrementar poder a expensas de los rivales (¿no es esto acaso lo que sucedió cuando finalizó la Guerra Fría? El propósito de los Estados es ser hegemónicos en el sistema internacional²³).

Desde entonces, Rusia asumió una actitud más activa en su política exterior, acorde con los presupuestos del realismo clásico, e intentó incrementar su influencia y poder en el sistema internacional. Fue el tránsito desde la humillación a la reparación, un curso que históricamente en modo alguno nos puede resultar desconocido.

Sólo a manera explicativa, la siguiente tabla intenta sistematizar de manera sencilla las dos concepciones del paradigma realista tratadas en nuestro marco teórico:

Tabla comparativa de las teorías realistas

	Realismo clásico (Morgenthau, Spykman, Kennan, etc.)	Realismo ofensivo (Mearsheimer)
Cuál es la causa por la que los Estados compiten por poder	La búsqueda de poder es inherente a los Estados	La estructura del sistema internacional
Cuánto poder desean los Estados	Todo el que puedan obtener.	Todo el que puedan obtener. Los Estados maximizan el poder con el fin de alcanzar la hegemonía.

²² El prestigio es otro componente del realismo; para Robert Gilpin, la guerra establece nuevas jerarquías de prestigio y hegemonía.

²³ John Mearsheimer, *The Tragedy of the Great Powers Politics*, W. W. Norton Company Ltd., New York, 2001, p. 21. El cuadro de la página corresponde a esta fuente, p. 22.

EL MÉTODO

Finalmente, desde el punto de vista metodológico, la investigación se estructura en cuatro partes, cada una de las cuales está relacionada intrínsecamente con el objetivo principal del estudio: la política exterior rusa durante los años noventa.

Desde el punto de vista metodológico, dicho estudio se fundará en uno de los métodos más utilizados dentro de las ciencias sociales: el método de estudio de caso.

El método de estudio de caso ha sido criticado por considerarse una herramienta insuficiente para realizar investigación científica en la medida que el método de estudio de caso presentaría ciertos inconvenientes en materia de fiabilidad y eficacia.

Sin embargo, para la disciplina de las relaciones internacionales a la que se ajusta nuestra investigación el método de estudio de caso puede ser la estrategia más adecuada, puesto que por medio de dicho método es posible describir y analizar continuidades o cambios operados en relación al actor bajo estudio. De manera que el método más conveniente para acercar respuestas a cómo y por qué sucedieron cambios es el estudio de caso. En efecto, el método de estudio de caso nos permite abordar cuestiones o procesos de cambio, concretamente los cambios o giros de la política exterior rusa durante la posguerra fría, a partir de múltiples fuentes o recursos, mayormente cualitativas para nuestra investigación, esto es, básicamente, documentos oficiales, artículos y libros.

Asimismo, el método de estudio de caso nos permite abordar nuestra investigación desde una perspectiva descriptiva. Si bien la descripción, juntamente con lo heurístico y particularístico son característicos del método de estudio de caso, en nuestra investigación dicha perspectiva nos proporciona un valioso tipo de estudio porque nos permite describir hechos a partir de los conocimientos teóricos y del relacionamiento de las variables en liza.

Aquí hay una cuestión relevante, puesto que el recurso de la descripción de un fenómeno o proceso (para nuestro caso) es uno de los ejercicios más utilizados en las relaciones internacionales porque permite resolver lo que en la disciplina ha sido siempre una cuestión de debate todavía irresuelta: la explicación de fenómenos o procesos que tienen lugar entre actores del sistema internacional.

Para expresarlo en otros términos, y aquí la teoría nos proporciona un marco de apoyo importante e insoslayable, intentar demostrar relaciones calculadas, precisas en el campo multidimensional de las relaciones

internacionales no solamente puede resultar una empresa harto complicada, sino riesgosa. En este sentido, nadie como el sociólogo francés Raymond Aron demostró de manera tan convincente lo complejo, cuando no lo imposible, que resulta en las relaciones internacionales lograr establecer un *sistema hipotético-deductivo en el cual las relaciones entre los términos o variables tomarían forma matemática*. Esto es así porque, a diferencia de otros tipos de acciones sociales, el comportamiento del diplomático y del militar no tienen un fin racional comparable al objetivo del jugador de fútbol (ganar). Lo que nos quiere transmitir Aron con estas palabras es que la teoría no puede avanzar mucho más allá de un análisis conceptual o descriptivo, cuyo propósito es *la definición de la especificidad de un subsistema, la enumeración de las variables principales y la formulación de algunas hipótesis sobre el funcionamiento del sistema*²⁴.

Por ello, la investigación descriptiva no solamente es la más recomendable para la temática de las ciencias sociales y, para nuestro caso, las relaciones internacionales, sino que es la más apropiada para nuestro tema en cuestión. Podemos describir los cambios de la política exterior de Rusia durante los años noventa y como estos cambios estuvieron en buena medida influenciados por una política estadounidense dirigida a evitar la reconstrucción de un nuevo poderío ruso postsoviético que cuestionara nuevamente el liderazgo estadounidense; pero no podemos acometer más allá de lo descriptivo puesto que dirigirnos más allá implicaría contar, por caso, con la existencia de un cuerpo de documentación oficial (estadounidense en este caso) que explicitara sin ambages semejante propósito, algo que obviamente no existe pues ningún Estado por más poderoso que fuera plantearía como política exterior oficial tal objetivo. No obstante, desde lo descriptivo podemos contar con datos y algunas hipótesis que sí nos proporcionen un amplio abanico para el estudio del relacionamiento entre las variables en juego.

No obstante la restricción destacada más arriba en palabras de Aron, lo descriptivo no implica dejar de lado el análisis. Más aún, un buen estudio descriptivo se basa y debe basarse en análisis, puesto que la sola descripción de acontecimientos podría dejar la investigación en un terreno estrictamente histórico, propósito que si bien es deseado no completa la aspiración de lograr un *producto* más integrado. Esta observación es pertinente porque la investigación sobre los cambios de la política exterior rusa se basa sí en el tipo de estudio descriptivo, pero no en lo puro o meramente descriptivo, sino también en análisis (no explicaciones) de situaciones relativas ocurridas antes y sobre todo después de la caída de la Unión Soviética. De manera que descripción y análisis constituyen las herramientas para buscar respuestas a cómo y por qué ocurrieron los hechos.

En síntesis, si bien es cierto que no existe una definición universalmente aceptada de la investigación de estudio de casos, la mayoría de los especialistas

²⁴ Citado por Stanley Hoffmann, *Jano y Minerva. Ensayos sobre la guerra y la paz*, GEL, Bs. As., 1991, p. 65.; ver, Raymond Aron, *Paz y guerra entre las naciones*, Revista de Occidente, Madrid, 1963, pp. 19-39.

concuerdan en que el propósito central o primario de un método de estudio de caso es la obtención de un entendimiento claro y en profundidad de un fenómeno determinado.



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR

PRIMERA PARTE

EL DESENLACE DE LA GUERRA FRÍA

*La Unión Soviética no sólo perdió la Guerra Fría, sino que Rusia, su heredera,
puede perder lo que ganó en la Segunda Guerra Mundial.*

Vladimir Putin



USAL
UNIVERSIDAD
DEL SALVADOR